

mana Leonor de Habsburgo, infanta de Castilla, hermana del César — quien aspiraba asimismo a casar con el joven Monarca lusitano a su hermana menor, la infanta Catalina, la de la triste infancia entre los muros de Tordesillas junto a su madre, la desdichada Reina doña Juana la Loca.

Las negociaciones fueron lentas, mas al fin, vencidos todos los obstáculos diplomáticos y obtenidas las dispensas pontificias, se celebró por poderes el matrimonio entre la infanta y el Emperador, representado por el señor de Laxao, partiendo el 30 de enero de 1526 para España la nueva Emperatriz, en cuyo séquito figuraba su inseparable compañera, radiante de alegría de ver convertida en Reina y Emperatriz a la hermosa Isabel e ilusionada por conocer aquella España caballeresca, tantas veces descrita con nostalgia en los salones del Palacio de Almeyrin por la hija de los Reyes Católicos.

Badajoz, Sevilla —en donde el Amor obró el milagro de enamorar a los egregios esposos al hacerles comprobar la distancia que medía entre lo pintado y lo vivo—, Granada, Jaén, Toledo, Aranjuez, Madrid y otras ciudades, villas y aldeas, que vieron asombrados el paso de sus Reyes en el amanecer dorado de su venturoso idilio. Al fin llegaron a Valladolid, a la sazón residencia de la Corte. Extasiada ante la variada grandeza de pueblos y paisajes, nació en el alma de doña Leonor el amor a su nueva patria, jurándose adoptar aquella tierra como sepultura, ya que habría de serlo de su imperial señora, que acababa de confiarle la buena nueva de que pronto tendría España un heredero. Al mismo tiempo le pidió su compañía fraternal cuando llegase el trance, suplicándole que, en caso de morir al dar vida a su hijo, quedase Leonor siempre al lado del infante. Nació éste —el futuro Felipe II— en la ciudad del Pisuerga

el 21 de mayo de 1527. Doña Leonor —que, en efecto, estuvo junto al lecho imperial cumpliendo las órdenes de su señora de cerrar las ventanas y apagar las luces porque nadie viera en su rostro las huellas del dolor incompatibles con su majestad (Vales Failde)— quedó encargada de las funciones de aya del Príncipe de Asturias. La nodriza fué María Sarmiento, natural de Mojados (Valladolid). Tal era su cariño al niño, que cuando más adelante la Emperatriz castigaba sus travessuras con azotes, el aya lloraba amargamente.

Al poner el Emperador ayos y maestros al príncipe para comenzar su educación de caballero y estadista, hallaron la inteligencia del garzón asombrosamente despierta y cultivada y preparado su espíritu en la fe, el respeto y la conciencia de su rango. A pesar de sus lecciones diarias de arte, ciencia, guerra y caballería, el príncipe seguía recibiendo las de su aya. Hasta el punto de que, contando nueve años, su ayo, don Juan de Zúñiga, escribía al Emperador, que guerreaba en Alemania: «El temor de Dios es en él tan natural que en su edad yo no lo he visto mayor. Creo yo que le ayuda mucho ser tan buenas mujeres y cristianas doña Inés Manrique y doña Leonor Mascareñas.»

Doña Leonor cumplió el juramento hecho a su señora al reclamarla Dios para su juicio el 1 de mayo de 1539. Con ternura de tía solterona se hizo cargo del príncipe, ya al borde de la adolescencia, y de las dos infantas niñas, María y Juana, que, como dice Pfandl, «se cobijan los tres como polluelos bajo las alas de la buena doña Leonor de Mascareñas, que multiplica su cariño y sus desvelos». Cuando Felipe se separaba de sus hermanas le tenía al corriente de la salud de ambas con detalles de encantadora intimidad, lo mismo que a Carlos V. También por esta época sostenía activa correspondencia con Ignacio de